

fué muchas veces causa de discordias, y de que se quebrara la caridad en el monasterio. Pues basta, dijo el Prelado: está la miserable sepultada en el infierno, porque aunque tuviera mas penitencias que todos los anacoretas, todas sin caridad, nada le aprovecharan. En el monasterio quedó por muchos años vivo el escarmiento. ¡Oh, y si en esta sepultura quedaran sepultados los chismes, las cizañas y los cuentos, para que en todos floreciera la paz, para que reinara la caridad, para que viviera la gracia.

PLATICA LIII.

DE LA MALICIA Y DAÑOS DE LA MENTIRA.

A 8 de Mayo de 1692.

SI no viera que es muy difícil de ajustarlo, trataría yo hoy aquí en secreto un gran casamiento. Sé muy bien desde luego que la novia tiene muchos maridos; y con todo eso también sé que no ha de haber uno solo que quiera ser su desposado. Repugnancias parecen las que digo; presto me confesarán que es clara y patente verdad lo que propongo. El caso es, que tiene el diablo una hija muy querida suya su primogénita, y trata de casarla: anda buscándole marido; ¿habrá alguno que quiera casarse con ella?—¡Jesus! (me dirán todos haciéndose mil cruces) ¿tal se pregunta? ¿tal se propone? De ninguna manera, ¿quién había de querer casarse con una hija del diablo? ¿No basta tener al diablo por diablo, sino tener al diablo por suegro? Eso de ningún modo.—Miren que la desposada parece que tiene calidades apete-

cibles, porque ella tiene buena cara, se compone muy bien, tiene por sí grandes galas de todas clases y colores; y con una gran propiedad, que sin que cueste dineros, sin que sea menester sacar nada de la tienda, se engalana como quiere, se compone y se viste. Más: es tan mañosa, que á todo cuanto hay se acomoda, á cuanto la aplican, á cualquiera ocupacion, á cualquier ejercicio, á cualquier trabajo; y así consigue en el mundo todo cuanto quiere: es tan poderosa, que tiene mucha entrada en las casas de los ricos, gran cabida entre Príncipes y caballeros, lugar, y preeminente, en los estrados de señoras; y lo que es mas, gran valimiento y estimacion en todos los palacios: ¿qué mejores cualidades para muger propia?—Ya; pero despues de todo, si ella es hija del diablo, ¿quién habia de querer casarse con ella? ¿Quién habia de querer contraer un tan maldito parentesco? De ningun modo.—¿Con que no hay un desposado? ¿ni uno? ¿Pues qué fuera que los mismos que así se niegan á tan infame casamiento, esos mismos estuvieran ya de hecho con esa hija del diablo casados? ¿Qué fuera que no habiendo uno que se declare por esposo, son muchísimos los que en efecto son ya sus maridos? Ahora declarémonos: Esta hija del diablo es la mentira: *Mendax est et pater mendacii.* (Joan. c. 8. 44.) Es el padre de la mentira el demonio, con una generacion tan horrible, que si el Eterno Padre, dice San Agustin, engendró al Verbo Eterno, Verdad infinita; por el contrario, el demonio enjendró de toda su malicia, de todas sus astucias y marañas, la mentira: *Quomodo Deus Pater genuit Filium ut veritatem; sic diabolus lapsus genuit quasi filium mendacium.* Ahora pues, ¿qué piensan que hacen todos los que dicen mentira?

Casarse con esta hija del diablo. ¿Hablas mentira? Pues ya es el demonio tu suegro; ya eres yerno del diablo, pues estás casado con su hija. Hay de estos maridos, ¡oh, cuántos! Ved aquí pues, aunque no quieran, ajustado el casamiento. Todos los mentirosos están casados con la hija del diablo: infame parentesco, que él solo basta para ponernos un horror inmenso á la mentira: *Cavete, fratres mendacium*, dice San Ambrosio, (*lib. de Abraham*) *quia omnes, qui amant menducium filii sunt diaboli.* Y ya, si no hay quien quiera declararse esposo; ¿cómo hay para esta hija del diablo tantos maridos? Eso es lo mismo que preguntar si tantos dicen mentira, ¿cómo nadie quiere que se lo digan? Si un mentis se tiene por la mayor deshonra, un mentis, ¿cómo no será la deshonra mayor? ¡Qué bien dijo un poeta: *Mentiris tantum, qui dedecus est putatis: Mentire quare creditis esse decus!* Decirle á un hombre que miente, se tiene por el mayor oprobio; ¿pues cuánto será no decirselo, sino que en la verdad sea mentiroso? Eso sí que es el oprobio mas infame, dice el Espíritu Santo: *Opprobrium nequam in homine mendacium.* (*Eccl. 20. 29.*) Y ya, ¿qué hijos tan desventurados son los que produce en el mundo este maldito casamiento? *Filii scelerati, semen mendax.* (*Isai. 57.*) Todas las desdichas, males y desventuras que padecemos.

Qué cosa sea mentira, todos lo saben, aunque pone todo cuidado la mentira en no ser conocida: mentira es decir ó hacer contra lo que se siente para engañar. No solo en palabras y escritos hay mentiras; hay tambien mentiras de obras; con señas tambien, y con acciones se miente. Y está lleno el mundo de esta pestilencial inundacion: *Ma-*

ledictum, et mendacium inundaverunt. (Osseas 42.) Para conocer cuán graves son sus daños, y para hacer algun concepo de cuánta es su enorme malicia, pónganse á pensar un rato siquiera en el entendimiento lo que no podemos alcanzar con el efecto. ¡Qué dicha fuera si por un año solo quedaran del todo desterradas del mundo las mentiras! ¡Oh, Dios, qué remedio de una bienaventuraza sería la que gozáramos! Por una parte, saldría desterrada la mentira, y entraría toda la felicidad por la otra. Considerad un poco: si no hubiera mentiras en los Juzgados, los Tribunales ¿cómo estarían de rectos? Todos sus Ministros, qué ajustados, qué abreviadas sus dilaciones, qué deshechas las trampas, qué acabados sus pleitos, y todas sus sentencias qué limpias. Si no hubiera mentiras en las tiendas de oficiales y mercaderes, qué seguros serían los comercios, los tratos qué sinceros, las pagas qué puntuales, las compras qué lisas. Si no hubiera mentiras en todas las casas, qué bien gobernadas de los unos y qué bien servidas de los otros andarian las familias; qué sinceras las amistades, qué puras las correspondencias, qué pacíficos los matrimonios, qué sin dobleces las conversaciones, y qué desterrados los vicios. Y ya, si todo eso falta porque reina la mentira, luego la mentira solo es la que tiene perdido el mundo, la mentira la que causa todos los daños, la mentira la que acarrea todos los males, y la mentira la que fomenta todas las culpas.

Ya ha sucedido no hallarse en una ciudad quien quisiera hacer el oficio de verdugo, hasta que dieron los jueces por arbitrio que se pusiese una máscara para no ser conocido el que hubiese de hacer tan vil oficio; y así se hallaron no pocos que lo fue-

ran. Pues eso mismo ha hecho el demonio, ponerles con la mentira una máscara á todos los vicios, para que con esta máscara de la mentira pierdan los hombres la vergüenza. Qué bien dijo el que llamó á la mentira máscara del diablo: *Larva demonis.* Y si no véanlo: Tapa el ladrón su infamia con la mentira, con las mentiras se oculta el deshonesto, mantiénese con las mentiras el tramposo, solápanse con las mentiras las injusticias, lógranse con las mentiras los fraudes, y asegúranse con las mentiras todos los delitos: en la mentira se pone la esperanza de adquirir los bienes que se buscan: *Posuimus mendacium spem nostram.* Y en la mentira se pone la confianza de escapar de los males que se temen: *Et mendacio protecti sumus.* (Isa. 28.) A todo hace la mentira, á todo hace; todos los vicios, todos los pecados, mientras mas enormes y feos, se acogen á taparse con la máscara de la mentira. ¡Ah, si un día amaneciera el mundo sin esta máscara, qué de vicios se huyeran de corridos, y qué de culpas se acabarían de avergonzadas! Y ya, si el que encubre á los ladrones, hurta con las manos de todos; si el que ampara á los homicidas, con las manos de todos mata; si Saulo, en sentir de San Agustín, apedreó á San Estéban con las manos de todos, porque les guardó las capas, ¿cuánta será la malicia de la mentira que todos los vicios encubre, que todas las culpas ampara? Luego peor es la mentira que todas las culpas, peor que todos los vicios juntos, pues á todos juntos los tapa, los fomenta ella sola. ¡Oh, qué malicia!

Divídese en mentira *perniciosa, ó dañosa*, aquella conque se hace al prójimo algun mal daño. Mentira *oficiosa*, aquella con que se le procura hacer algun bien, defenderlo ó guardarlo. Mentira *jocosa*

ó *burlesca*, cuando por entretenimiento, por divertir el tiempo, se miente. Y como quiera que sea, siempre la mentira es pecado; grave la dañosa, si el daño que ella causa es grave. *Noli arare mendacium adversus fratrem tuum*, nos dice el Espíritu Santo (*Eccl. 7. 13.*) Ara y siembre contra sí gran cosecha de desventura, quien con mentiras hace daño grave á su prójimo. Pero culpa venial las otras dos mentiras, la *oficiosa* y la *jocosa*. Mas con propiedad de demonio, nunca se puede desnudar la mentira de su malicia. Reparen mucho y ponderen esto: se nos prohíbe el jurar; pero con todo hay casos en que no solo se puede, sino que se debe hacer el juramento: se nos mandan guardar las fiestas; mas todavía hay casos, ó de grave necesidad, ú otros en que el no guardarlas es lícito: se nos manda obedecer y socorrer á nuestros padres; pero hay lances en que el no socorrerlos no es culpa alguna, y lances en que aun es obligacion el no obedecerlos: se nos prohíbe el horrible pecado del homicidio; pero con todo eso no pocas veces en un Juez, el quitar la vida á un hombre, es acto de virtud y de justicia: se prohíbe la fornicacion; pero ya en el matrimonio es lícita: se nos veda el infame pecado del hurto; pero con todo eso, en extrema necesidad tomar de lo ageno lo preciso para el socorro, no es culpa: se nos veda quitar la honra al prójimo con nuestras palabras; pero en llevando fines buenos ó de su remedio, ó de su castigo, á quien le toca, con las debidas circunstancias, no peca aunque la quite. Pero á todo esto, ¿la mentira cuándo es lícita? Nunca. ¿En qué caso se puede mentir? En ninguno, ¿Hay circunstancias que desnuden de su malicia á la mentira? Ningunas. ¿Puede haber necesidad grave, extrema, ó de la

propia vida, ó de las vidas de todo un mundo, ó del bien y remedio de toda la república, ó de la honra de todo un linage, en que por necesidad se pueda lícitamente mentir? No se puede; siempre la mentira es mala, siempre aborrecible de Dios, siempre culpa: *Odisti omnes, qui loquuntur mendacium*. ¡Oh, malignidad de un demonio tan entrañada en la mentira, que jamas puede desnudarla!

Ya se ven toros, que aserradas las puntas, no logran con el golpe las heridas: ya se han visto leones, que cortados los dientes y las uñas, no hacen daño, aunque espantan: ya se han visto víboras, que cosida la boca, juegan con ellas sin que puedan introducir su veneno; pero la mentira siempre venenosa, jamás se pronuncia, sea en las circunstancias, sea en el caso, sea en la necesidad que se fuere, que no sea con daño del alma: (*Sap. 1. 11.*) *Os quod mentitur occidit animam*.

—Ea, no pondere tanto, Padre, me dirán, que bien sabemos que la mentira *jocosa*, de chanza, y la mentira *oficiosa*, no son culpa mortal, solo culpa venial.—Así es, yo no os lo niego; pero siendo así, ¿por qué será que en las Divinas Escrituras, sin hacer distincion de si la mentira es dañosa ó *jocosa*, á todos los mentirosos se les anuncia el castigo y la pena eterna? David: *Perdes omnes qui loquantur mendacium*. El Apocalypsi: *Idololatriis, et omnibus mendacibus pars illorum erit in stagno ardenti igni, et sulfure*. Salomón: (*Prov. 19. 9.*) *Qui loquitur mendacia peribit*. Pues si no todas las mentiras son pecado mortal, ¿cómo á todos los mentirosos sin distincion se les anuncia la muerte eterna? (*Corn. in c. 20. Eccl. vers. 27.*) Es reparo de nuestro doctísimo Cornelio; y responde: porque aunque las mentiras *jocosas* y *oficiosas*,

sean pecados veniales; pero habituada la lengua á esas mentiras, fácilmente se pasa á las dañosas que quitan la honra, la hacienda ó la vida, y las que pierden sin remedio el alma: (*Eccl. 34. 4.*) *A mendace quid verum dicetur*, dice el Espíritu Santo. El que se acostumbra á la mentira, ¿cuándo dirá verdad? ¡Oh, desventurada costumbre! Y á la verdad vemos que las mentiras son como las guindas, rara vez sale una sola: tirais de una guinda, y se vienen tras de ella diez. Así son las mentiras: echais una mentira officiosa, repugna al otro, trávase la porfía, y no pocas veces por defender una mentira leve, se ensartan cuatro ó seis mentiras dañosas, perniciosas y graves.—Oh, que yo solo suelo mentir por contar un cuento, por hacer reir y divertirnos.—¡Oh, qué motivos para un cristiano!

Caminaba Santo Tomás con otro religioso; y este derepente, muy en ademan de admiracion: ¡Mirad, dijo, mirad aquel buey que vá volando! Levantó el santo la vista; y el otro á ese tiempo mismo la risa.—¡Pues un buey creis que pueda ir volando? Mesuróse y respondióle: Me pareció mas fácil que volara un buey, que dijera una mentira un religioso. Lo mismo dijera yo de un cristiano: ¿una mentira en quien conoce á un Dios, suma vererdad; y en quien sabe que de la verdad le ha de pedir cuenta? *Veritatem requirit Dominus.*

—No; yo si las he echado alguna vez, es por hacerle bien al otro; es porque mi marido no azote á mi hijo; es porque no haya pesadumbre. Mentiras officiosas, ¡oh, Dios! ¡y esos motivos pensais que os excusan? Si un hombre corre á ampararse de tí, dice San Agustin, (*l. 2.*) y no hallas otro modo para defender su vida, sino con decir mentira, de-

bes no mentir, aunque el otro pierda la vida: aunque perdieras tú la vida propia, añade el Espíritu Santo: *Pro anima tua non confundaris dicere verum.*

Envió Maximiliano veinte soldados en busca del Santo Prelado Anthimo, Obispo de Nicomedia, (*Surius 27. Ap.*) porque deseaba quitarle la vida por gran defensor de nuestra verdadera Fé. Los soldados, sin conocer al santo Obispo, se entraron en su casa; hospedólos el santo obsequiosísimo, dióles de comer cuanto mejor pudo; tantos agasajos les hizo, que ya ellos presos en los afectos, no sabian cómo mostrarse agradecidos, cuando ya para despedirse, preguntan á su huésped si conocia á un Anthimo, Obispo de los cristianos, porque traian orden de llevarlo preso al emperador, que deseaba quitarle la vida.—¡Cómo si lo conozco! responde el Santo: yo soy ese que buskais, aquí me tenis. Pasmados, atónitos quedaron al ver esta constancia; y no pudiendo ya mas de admirados y de agradecidos:—Ea, dicen, pues quédate ahí, que le diremos al emperador, que despues de buscar por todas partes á Anthimo, no hemos podido hallarle.—Eso no, replicó el santo Obispo, que á los cristianos no es permitido decir jamas mentira. Llevadme, llevadme; y sin que ellos pudieran detenerlo, se fué con ellos, y dió entre terribles tormentos la vida, por no permitir una mentira leve. ¿Y por una riña, y por una palabra aceda ó cuatro azotes á un muchacho ¿tantas mentiras? ¡Oh! no os salgan, mugeres, alguna vez á la cara con mas graves daños.

Presentáronle al emperador Teodosio el Menor (*Math. Rader. Aul. Sane. t. cap. 19.*) una manzana de portentosa hermosura y grandeza. El al

punto con cariño de esposo llevóse la emperatriz Eudoxia. Esta por ser aficionada á las buenas letras, diósele á un insigne varon en todas ciencias, llamado Paulino, á quien estimaba tambien mucho Teodosio. Paulino, pareciéndole que aquella manzana era digna de ser presente real, fuese al emperador, y diósele. Tómalala asustado Teodosio; ocúltala, vase al punto á la emperatriz:—¿Qué hicisteis, señora, de la manzana que os presenté? Turbóse algo, y no habia de qué, era honestísima y virtuosa, y Paulino un varon muy modesto; y cuando respondiera la verdad, paraba todo en quejillas de amor. Pero turbada en fin: me la comí, respondió.—¿Os la comisteis? Pues de vuestra garganta debió de pasar entera á mis manos. ¿Conoceis esta manzana? Enmudeció confusa; vuelve las espaldas Teodosio, y al punto hace matar á Paulino. Y veis aquí toda la corte confusa, todo el Palacio alborotado; y á la pobre Emperatriz le dió tal vida, que por no perder la que le quedaba, se vió obligada á retirarse á Jerusalem. ¿Una mentirilla que parecía nada, hizo tal alboroto y tanto daño? ¡Oh, y sirviera á las mugeres todas de escarmiento!

Y ya, ¡qué ganancias, qué lógrros son los que ponen tantos en las mentiras tan estudiadas, que han hecho la política cátedra de mentiras en los pretendientes! *Docuerunt linguam suam loqui mendacium.* (*Hier. 9.*) Y porque no se quede sola en los palacios, ya el oficial para trampear sus obras, ya el mercader para efectuar sus ventas, y ya el pobre para conseguir sus limosnas, ¡qué de mentiras? ¡Pues qué logro han de tener sino miserias? *Qui militur mendaciis, hic pascit ventos, et idem sequitur aves volantes:* (*Prov. 10. 4.*) todo se les deshará en

tre las manos á los que hacen sus ganancias de mentira. Por mas que les parezca que á monton, llegará la cuenta, y hallarán mentiras por ganancia. (*Prov. 12. 17. Non inveniet fraudulentus lucrum.*) Por mas que le parezca al pobre que mueve los corazones con esas mentiras, lo que mueve es la ira de Dios con sus mentiras para su castigo. Mejor es ser pobre que mentiroso: (*Prov. 19. 22.*) *Melior est pauper, quam vir mendax.*

Refiere Nicéforo en la vida de San Epifanio obispo, (*Hist. Tripart l. 9. c. 4.*) que yendo por un camino este santo Prelado, unos mendigos de los que á mentidos remiendos mienten necesidades, que de estos suele haber no pocos, previniendo que habia de pasar por allí su santo Obispo, para mover mas su piedad y asegurar mas la limosna, trazan entre sí que uno de ellos se haga el muerto, y el otro pida para su mortaja y entierro. Tiéndese el uno á hacer su papel, y empieza el otro con fingidas lágrimas su clamor. Llega el santo Prelado; y muy compadecido, despues de hacer oracion por el muerto, dióle al vivo una buena limosna, y pasa adelante. Ya iba lejos; y entónces:—Buena la hemos echado; levantaos, hombre: ¿qué no oís? ¿os habeis dormido? Llega, estíralo, llámalo, y hállalo muerto. Atónito corre entónces, ya con verdaderas lágrimas; alcanza á su Obispo, arrójase á sus pies, confiesa su mentira, refiere lo sucedido; pero á todo el santo Prelado respóndele severo: No hay burlas con Dios. Anda y entiérralo, que eso ganan los que tratan mentira. ¡Oh, y no fuese tantas veces la muerte tambien eterna la que ganan! Dilectísimos míos, si la verdad es hija de Dios, busquemos con la verdad un Padre tan infinitamente amable, que toda nuestra bienaventuranza nos la

tiene prevenida en que gocemos su eterna verdad en la gloria.

INDICE

DE LAS PLÁTICAS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

TRATADO SEGUNDO.

De los diez mandamientos del Decálogo.

PRIMER MANDAMIENTO.

Plática primera Proemial, del orden suavidad y armonía, que tienen entre sí los diez Mandamientos.	1
Plática II. De la gravísima obligacion que tenemos de amar á Dios, y cuál debe ser este amor.	14
Plática III. Cómo debe ser el amor de Dios sobre todas las cosas.	25
Plática IV. Cómo, y cuándo nos obliga el precepto de la esperanza.	35
Plática V. Cómo nos obliga á hacer actos de fé este primer Mandamiento.	46
Plática VI. De la suma adoracion que debemos á Dios, y del culto que le debemos en sus templos.	58
Plática VII. De la adoracion que debemos dár á los Santos, y muy especialmente á Maria Santísima.	69
Plática VIII. De la adoracion que debemos á las Imágenes y reliquias de los Santos.	80
Plática IX. Cómo nos obliga este Mandamiento, á huir toda supersticion.	91